

Antes de la época fijada para la inauguración del nuevo gobierno, era tal la agitación y tan formidable la resistencia del Sur, que por el voto del pueblo y de la legislatura resolvieron separarse también de la Union, é hicieron en diversas fechas, los Estados de Mississippi, Alabama, la Florida, Georgia, Luisiana y Texas.

Organizado el Congreso del Sur, diéronse órdenes para formar una pequeña escuadra que debía encargarse de la defensa de las costas; establecióse un sistema postal; aprobáronse varias leyes para la creación y desempeño del gobierno, y se adoptó una Constitución provisional, no sin alguna discusión respecto á sus artículos. Algunos no querían que se introdujese palabra alguna de carácter religioso, y otros opinaban que en ciertas expresiones sobre los principios de gobierno se debía hacer alguna referencia á la Biblia. Esta breve discusión se suscitó porque en el documento aprobado se «invocaba la protección y guía del Todopoderoso.» La Constitución del Sur era en resumen una copia de la de la Union, con las alteraciones y omisiones que se juzgaron convenientes: quedó prohibido el sistema de dar bonos del Tesoro, y también la creación de impuestos para proteger cualquier ramo de la industria; la dirección de correos debía pagar todos sus gastos con los ingresos; la administración del Presidente y Vicepresidente debía durar seis años, y el primero no podía ser reelegido. Prohibióse también la aprobación de ley alguna por la cual se negara ó alterase el derecho de propiedad sobre los esclavos negros; y en fin, había varios nuevos artículos referentes á la cuestión económica.

Sancionada la Constitución provisional, el presidente del Congreso y todos los miembros que componían este último, prestaron el juramento de alianza el 9 de febrero de 1861, y acto continuo procedióse á la elección de Presidente y Vicepresidente de la Confederación. Casi todos los votos recayeron en favor de Jefferson Davis para el primero de dichos cargos, pues se le juzgaba el hombre más á propósito para ponerse al frente del gobierno; Alejandro Stephens fué elegido Vicepresidente, debiéndose advertir que Stephens había declarado un mes ántes en la Convención de Georgia, que sería una insigne locura y la mayor perversidad derribar al gobierno de los Estados Unidos, con el cual el Sur había sido hasta entónces rico y feliz, y que él nunca

sancionaría un ataque contra el Norte. Stephens, nacido en Georgia en 1812, había sido representante de su Estado en el Congreso durante algunos años; era hombre bastante notable como orador y político, pero su traidora conducta al desertar de la Union pocas semanas despues de haber dicho que nada podía excusar un ataque contra el gobierno constituido, fué una mancha indeleble para su reputación.

Jefferson Davis no era individuo de la asamblea que tomó el nombre de Congreso. Despues de renunciar á su cargo de senador de los Estados Unidos había vuelto á su casa en Wiksburgo, para entregarse de nuevo á sus trabajos agrícolas; y allí fué donde á mediados de febrero recibió la noticia de habersele elegido para el cargo de Presidente de la Confederación. Sin perder momento púsose en marcha en dirección á Montgomery, y recibido con el mayor entusiasmo en todas las estaciones donde se detenía, pronunció hasta veinticinco discursos ántes de llegar á su destino. A ocho millas de Montgomery salió á recibirle una comisión del Congreso, acompañada de las autoridades civiles, y entró en la capital de Alabama seguido de una escolta de milicia, saludado por salvas de artillería y por las aclamaciones del pueblo.

Jefferson Davis pronunció con este motivo nuevos discursos, pero la ceremonia de inauguración no se efectuó hasta el 18 de dicho mes. En la tarde de este día, Davis y Stephens, rodeados de varios oficiales, se colocaron en una plataforma, situada en frente del edificio del Congreso, y despues de las acostumbradas ceremonias, el nuevo Presidente pronunció su discurso inaugural. En él decía que la presente situación del Sur, sin ejemplo en la historia de las naciones, confirma la idea de que los gobiernos dependen del consentimiento de los gobernados, y que el pueblo tiene derecho para modificarlos ó abolirlos cuando no llenan los fines para que se establecieron. «El derecho solemnemente proclamado en el nacimiento de la Union, decía Davis, que se consolidó y confirmó en los *bills* de derechos de los Estados, reconoce indiscutiblemente en el pueblo la facultad de resumir las atribuciones que al gobierno se confiaron. Por eso los Estados soberanos representados aquí han procedido á formar esta Confederación, y sólo por abuso de lenguaje se ha dado á su acto el nombre de revolución; formaron una nueva

alianza, pero dentro de cada Estado se ha mantenido su gobierno.» Volviendo al mismo tema en la última parte de su mensaje, Jefferson Davis añadió: «Hemos cambiado las partes constituyentes, pero no el sistema de nuestro gobierno. La constitución formada por nuestros padres es la de esta Confederación; en la exposición de ella y en la estructura judicial que ha recibido tenemos una luz que revela su verdadero espíritu.»

Jefferson Davis enunciaba la doctrina de la soberanía del Estado en toda su amplitud, indicando la probabilidad de una inmediata guerra, ocasionada por el empeño de los Estados del Norte en someter á los del Sur. «En su consecuencia, terminaba diciendo el nuevo Presidente, recomiendo con la mayor eficacia la inmediata formación de una poderosa flota, pues supongo que los Estados de que nos hemos separado procurarán unir sus fuerzas para combatirnos.»

El mensaje fué muy bien recibido, y por la noche hubo iluminación en Montgomery; la Confederación acababa de inaugurarse; una república de esclavos anunciaba su existencia á la faz del siglo XIX.

Jefferson Davis formó muy pronto su gabinete, organizándose sin pérdida de tiempo comités de Negocios Extranjeros, Correos, Hacienda, Comercio, Marina, y en fin, todas las secciones necesarias para la mejor administración de los asuntos públicos. Tan pronto se reconoció la autoridad de aquel gobierno confederado, que á los seis días ya se presentaban industriales, solicitando varios privilegios. Todas las leyes de los Estados Unidos no incompatibles con el nuevo orden de cosas se conservaron por el pronto con toda su fuerza y vigor, y adoptáronse las disposiciones necesarias para la creación de una condición política más permanente. Hasta se promovió un debate sobre la elección de una bandera nacional, habiendo presentado varias señoras de Charleston un modelo que representaba una cruz compuesta de siete estrellas. Las discusiones sobre el particular fueron bastante animadas, y despues de examinarse varios modelos, el comité encargado de emitir el dictámen resolvió adoptar una bandera que tuviese dos bandas rojas de regular anchura separadas por otra blanca, y un cuadro azul con las siete estrellas blancas en el centro. La bandera así caracterizada se confeccionó poco despues é izóse por vez primera el 4 de marzo en el edificio del Congreso en Montgomery.

La nueva Confederación no comenzó su carrera con grandes esperanzas, pues desde un principio amenazáronla las divisiones. La Carolina del Sur se indignó porque el Congreso quiso encargarse de arreglar todos los asuntos entre los Estados separatistas y la Union, respecto á los fuertes, arsenales y otros establecimientos públicos; dicho Estado sostenía además que era él quien debía apoderarse del fuerte Sumter, porque le pertenecía á él solo, y su honor exigía rehusar toda intervención para tal empresa. El mayor peligro para la Confederación, segun vemos, no estaba entónces fuera, sino que surgía en su mismo seno; y así debía suceder en un estado de cosas en que no todos estaban vitalmente interesados en la cuestión de la esclavitud.

Poco despues de hallarse establecido el gobierno de los confederados, su situación mejoró mucho por la traición de un jefe unionista, el general Twiggs, que hallándose en Texas encargado del mando de las tropas del gobierno leal, se rindió á un jefe confederado, M. Culloch, mediante ciertas condiciones secretas que estipularon entre los dos, entregándole diez y siete compañías de tropas federales, algunos depósitos de municiones de guerra por valor de 1,300,000 duros, y varios fuertes y arsenales. Esta traición del general Twiggs permitió á los confederados ponerse en mejor pié de guerra para emprender las operaciones militares, la primera de las cuales fué, como ya sabemos, la toma del fuerte Sumter. Esta victoria había producido mucho entusiasmo en la Confederación, y poco despues Jefferson Davis expidió una proclama, en la cual decía que, habiendo manifestado el Presidente de los Estados Unidos sus intenciones de invadir la Confederación con sus ejércitos, á fin de apoderarse de sus fortalezas y combatir las libertades del país, invitaba á todos los que se hallasen dispuestos á resistir semejante agresión, á solicitar comisiones ó patentes en corso, previniendo al mismo tiempo á los que desempeñaran destinos civiles ó militares á vigilar con el mayor celo en el cumplimiento de sus deberes para mantener la autoridad y eficacia de las leyes, y vigorizar cuantas medidas pudieran adoptarse para la defensa comun.

En el Congreso confederado reunido en Montgomery el 29 de abril de 1861, Jefferson Davis hizo sancionar algunas de las medidas que había propuesto, y entre ellas la de expedir patentes de corso, cosa que juzgaba indispensable;



pues la Confederación no podía disponer de suficientes medios para organizar una escuadra regular. En rigor no se podía censurar por esto al gobierno separatista, pues el de los Estados Unidos había sancionado ántes semejante práctica.

El desastre de Harper's Ferry y del arsenal de Gasport, en el que los federales se vieron en la precisión de destruirlo todo para evitar que cayese en manos de sus enemigos, fué un nuevo triunfo para los confederados, y entónces se comenzó á creer muy dudoso el éxito de la lucha, pues hasta la misma capital de los unionistas llegó á estar en gran peligro de ser invadida por los confederados.

El Congreso confederado, que se convocó en 21 de mayo, celebró sus últimas sesiones en Montgomery, pues habíase resuelto trasladar la residencia del gobierno á Richmond, autorizándose á Jefferson Davis para elegir otro punto si no le parecía conveniente aquella ciudad. El Presidente se conformó, porque Virginia era el Estado esclavista más poderoso, y por lo tanto el más conveniente para establecer allí el centro del nuevo sistema político. Además, Richmond se hallaba á corta distancia de Washington, y la presencia del parlamento confederado en la primera de dichas ciudades era una continúa amenaza para la segunda.

Jefferson Davis marchó á Richmond el 26 de mayo, y según se asegura, en aquella época tenía intenciones de presentar su dimisión de la Presidencia para encargarse del mando de los ejércitos del Sur; pero luégo desistió, pues la ovación que se le hizo durante su viaje desde Alabama á Virginia pudo convencerle de que contaba con el apoyo del pueblo en sus funciones de Presidente. Llegado á Richmond, pronunció un memorable discurso, en el que acusaba al pueblo del Norte de haber sido incapaz de apreciar en lo que valían sus instituciones hereditarias y de haber aniquilado la libertad de que debían disfrutar. Decía también que Abraham Lincoln, por más que se le hubiese elegido para el cargo que desempeñaba, era un «usurpador ignorante,» que atacaba las prerogativas de los ciudadanos, usando de atribuciones que no le estaban conferidas. «Ya hemos llegado, decía Davis, al punto en que los argumentos se agotan, y en que ya no queda más razón que la espada. Cuando llegue el momento de recibir al enemigo, sabremos hacerlo con la energía de que nos dieron ejemplo nuestros padres, sin apelar nunca al asesinato y

al incendio para combatirlo.» Con este discurso corría parejas una proclama del general Beauregard, que llegó á Richmond al día siguiente para encargarse del mando de las tropas. Decía así: «Abraham Lincoln, sin guardar la menor consideración á los preceptos morales, legales y constitucionales, ha lanzado contra vosotros sus abolicionistas, que matan ó hacen prisioneros á nuestros ciudadanos, confiscando y destruyendo cuanto pueden, y entregándose á inícuos actos de violencia, tan espantosos y repugnantes para la humanidad, que renunciamos á enumerarlos aquí. Ya no se observan las leyes de una guerra civilizada, y la única divisa de nuestros enemigos es «¡Mujeres y botín!» por más que no la inscriban en sus banderas.» No es necesario demostrar que semejantes acusaciones eran injustificadas; pero producían su efecto, cual era el de excitar la cólera y las iras en el ejército del Sur.

La victoria de Bull-Run hizo rayar en frenesí el entusiasmo de los separatistas: numerosos diputados de la Confederación y muchos curiosos, incluso algunas señoras, que observaban desde las colinas inmediatas al río las peripecias de la batalla, sirviéndose de sus gemelos, vociferaban, manifestando su satisfacción cuando algún incidente favorecía á los confederados. Las autoridades militares concedían pases á los curiosos que llevaban recomendación, y en fin, procedióse en todo como si se hubiese tratado de una función de teatro. La verdad es que se desconfiaba de la fuerza de los confederados, temiéndose que los destruyera el ejército del Potomac, y al verlos victoriosos se concibieron grandes esperanzas.

Los separatistas estaban muy animados, y cuando se volvió á convocar el Congreso autorizóse al Presidente para hacer otro llamamiento de voluntarios y votáronse varias sumas para la construcción de buques y cañoneros. En su mensaje, Jefferson Davis se congratulaba del estado floreciente de la Confederación, asegurando que las necesidades del tiempo habían desarrollado más la industria y que poco á poco el Sur se hacía más independiente del resto del mundo. La guerra, según el Presidente, se extendía ya desde la bahía de Chesapeake hasta los confines del Missouri y Arizona; pero la invasión del enemigo se había rechazado en todas partes desde la frontera. «Una serie de victorias, decía Jefferson Davis, ha coronado los esfuerzos de los ejércitos confederados; y nuestro pueblo mira ahora con desdeñoso asombro á

aquellos con quienes estuvo asociado hasta hace poco tiempo, considerando que los actos del Presidente Lincoln sólo son propios de un déspota.» El mensaje de Davis, que trataba de otros asuntos referentes á la administración, fué muy bien recibido y se atendió á todas sus recomendaciones.

Sin embargo, no debía pasar mucho tiempo sin que el prestigio del Presidente de la Confederación disminuyese algún tanto; los ejércitos separatistas comenzaban á sufrir algunos descalabros; el entusiasmo del pueblo del Sur se aminoraba gradualmente, y el espíritu y disciplina de las tropas decaían por momentos; miétras que las fuerzas federales aumentaban de continuo, mejorando su disciplina y acrecentándose su confianza en el triunfo. Los abusos que se cometían en los círculos oficiales de la Confederación debían apresurar su pérdida, y cuando se supo que Lincoln proyectaba proclamar en breve la emancipación de los negros, los temores y la exasperación del Sur llegaron á su colmo. Para juzgar de la impresión que esta noticia produjo entre los confederados, bastará reproducir un párrafo del mensaje que por entónces presentó Jefferson Davis á su Congreso. «¿Cómo hemos de juzgar una medida, decía, por la cual se exponen al exterminio y á la matanza á varios millones de seres humanos de una raza inferior, pacíficos labradores que vivían contentos en su esfera y á quienes ahora se estimula al asesinato y al pillaje, recomendándoles «que se abstengan de toda violencia, á no ser en el caso de legítima defensa?» (palabras de Lincoln en su proclama). Nuestra aversión á aquellos que han proyectado la más execrable medida que podría imaginar un hombre culpable, se mezcla con el profundo desprecio que nos inspira la impotente rabia del que la dictó.» Según Jefferson Davis, la proclama de Lincoln tendría un efecto saludable para mitigar los temores de aquellos á quienes inquietaba la idea de que la guerra civil terminara reorganizándose la antigua Unión. «Yo no he abrigado nunca semejantes temores, decía Davis, ni tampoco he visto en qué se podían fundar; pero la proclama nos ofrece una segura garantía de la imposibilidad de semejante resultado. Ahora se ha establecido un estado de cosas que sólo tiene tres alternativas: ó el exterminio de los esclavos, ó el destierro de todos los blancos de la Confederación, ó la completa separación de estos Estados de los del Norte.» Como ya sabemos, el desenlace no fué ninguno

de los que Jefferson Davis preveía: ni se exterminó á los negros, ni los blancos del Sur fueron desterrados, ni los Estados de la Confederación llegaron á separarse, por último, de los del Norte.

A pesar de las esperanzas que Jefferson Davis trataba de infundir en su mensaje, con un entusiasmo algo forzado, la verdad era que el pueblo del Sur sufría las mayores privaciones, pues hasta el pan llegó á escasear de tal modo que en Richmond se produjeron varios motines por la falta de víveres. Los trenes del camino de hierro se empleaban sólo para el transporte de tropas y no se podían utilizar para conducir trigo de un punto á otro del país. Los recursos de la Confederación, por otra parte, eran comparativamente escasos, pues aunque la naturaleza había favorecido mucho aquellas regiones, la falta de capital, de energía y de trabajo libre empobrecía al Sur, como hubiera empobrecido á cualquier otro país por rico que fuese.

En tal estado las cosas, los separatistas sufrieron una gran pérdida con la muerte del intrépido general Jackson, aquel á quien sus soldados llamaban *muro de piedra*; al practicar un reconocimiento cerca de Richmond, una bala le atravesó el brazo, destrozando el hueso; conducido á la posesión inmediata de Guinea, vióse que era indispensable la amputación; mas como el general tuviese otras dos heridas, faltáronle fuerzas para resistir, y espiró muy pronto, legando no sólo al Sur sino á todo el país una reputación de heroica bravura y de genio militar que ningún otro había alcanzado. Jackson tenía sólo treinta y nueve años cuando la muerte cortó su brillante carrera.

En 15 de julio de 1863, después de la batalla de Chancellorsville, el Presidente de la Confederación tuvo que pedir refuerzos para atender á las necesidades de la guerra, y al efecto expidió una proclama ordenando que todos los hombres de 18 á 45 años, habitantes de los Estados de la Confederación, se alistaran para servir en el ejército, á cuyo fin mandaba se presentasen en los centros de inscripción de sus respectivas localidades, bajo la pena de ser castigados como desertores sino atendían al llamamiento. Pero el fervor militar del Sur había disminuido ya mucho: calculábase que el número de sustitutos en el ejército no bajaba de veinte á veinticinco mil, y más de diez mil personas tenían certificados de exención falsos. Las deserciones eran cada vez más numerosas, tanto que Jefferson Davis hizo un llamamiento